

Un libro de Manuel Leguineche:

El espíritu del «golpe»

Juan Cruz Ruiz

UN periodista de la radio me preguntó, el día en que se puso a la venta el último libro de Manuel Leguineche (*El estado del golpe*, Argos Vergara, 1982, 318 páginas), si podía decirse que la obra de este periodista vasco, de 40 años, gafas de concha y humanidad considerable, era un ensayo oportunista.

Tales preguntas están abonadas por la actualidad. El libro de Leguineche aparecía cuando en el Servicio Geográfico del Ejército español (en unos antiguos almacenes de papel, justamente) comenzaba el juicio por el frustrado golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. En el ambiente flotaba el espíritu del golpe como el espíritu envolvente de la colmena se advertía en toda la atmósfera estética de la famosa película de Víctor Erice.

La pregunta, pues, tenía su razón de ser: cualquier cosa que se refiriera a los golpes de Estado resultaría, en la época del inicio de ese juicio, inmediatamente digerible por la masa lectora.

Un excelente periodista, como Leguineche, no puede escribir un ensayo que no parezca oportunista, simplemente porque su trabajo siempre será oportuno. María Moliner añade un matiz a la peyorativa definición de *oportunismo* que cuadra muy bien con el carácter del trabajo que desarrolla Leguineche: «Oportunismo», escribe la que nunca fue académica, es una «doctrina, particularmente política y económica, que recomienda acomodar-

se a las circunstancias, sacando de ellas el mejor partido posible, aunque se prescinda ocasionalmente de los principios».

Varias cosas habrá que decir sobre la génesis de este libro para atribuir luego a Leguineche lo que de esa definición se le adecúa de manera más justa.



Manuel Leguineche.

Manuel Leguineche ha vivido todos los acontecimientos que se cuentan en *El estado del golpe*, y aquellos que no vivió él personalmente, como periodista (como la reunión de lord Mountbatten con militares y civiles ingleses para derrocar el Gobierno de Harold Wilson e implantar una dictadura militar en la Corte de San Jaime o los intentos golpistas italianos), se desarrollaron entre cuatro paredes y fueron conocidos años después por una sociedad perpleja: los senderos del golpismo son inextricables.

El estado del golpe nació como un proyecto de novela, antes de que en España se alzara el teniente coronel Tejero con una pistola amenazante en el palacio de las Cortes. Cuando Tejero irrumpió en el hemiciclo, por la rabadilla de Leguineche subió un sudor frío que por un momento se le asemejó a la duermevela más lúcida del sueño.

Manuel Leguineche, periodista acostumbrado a convertir en papel, o en palabra dictada, todo aquello que ha ocurrido hace un segundo, no escribió una sola línea sobre aquel acontecimiento. No desdeñó el tema ni arrinconó su proyecto de novela. El tema le preocupaba demasiado hondamente como para convertirlo en papel, o en palabra dictada, de la noche a la mañana.

Y entonces sufrió un espejismo real, que así es la naturaleza del espejismo que sufre el periodista. En la moviola que todo observador tiene, Leguineche situó una historia, la de la Grecia previa y posterior al golpe de los coroneles, y con ese aparato de medir las consecuencias del pasado se recorrió la Europa que ha sufrido el golpismo. España, por supuesto, no estaba sola en la amarga experiencia de ver secuestrada la libertad por la fuerza insólita de las armas.

Italia, Turquía, Francia, Gran Bretaña y Polonia —ésta más recientemente— han sufrido la apetencia inenarrable de la bota militar y todos esos países presentan paralelismos que a Leguineche le resultaron atractivos para ofrecer una



Las calles de Atenas durante el golpe de estado de «Los Coroneles» (1967).



Leon Trotsky (1879-1940).

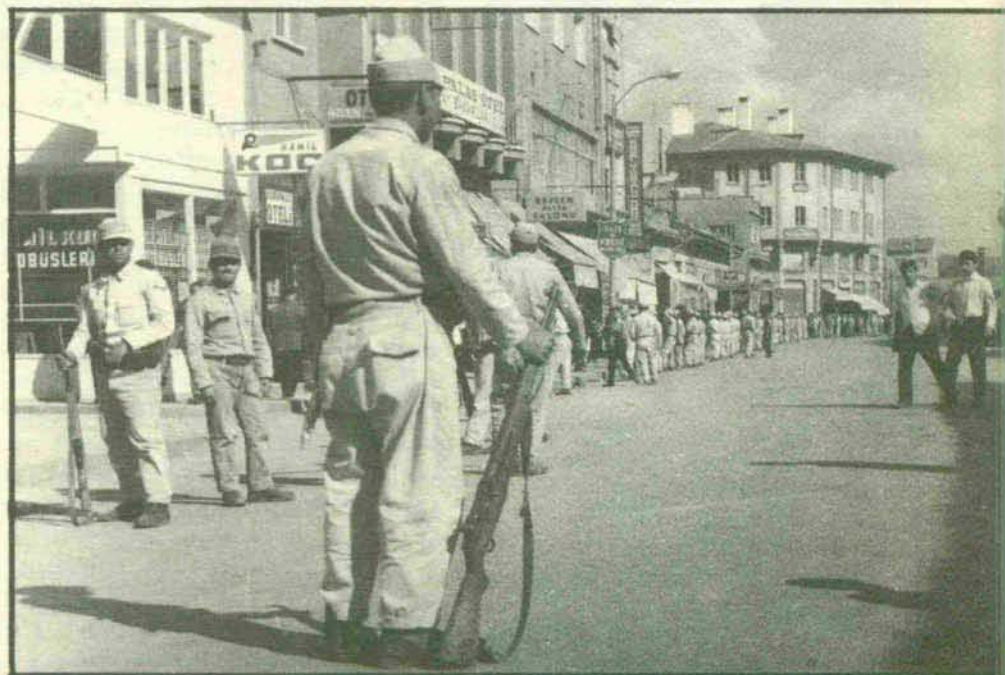
lectura en profundidad de lo que se llamaría «el caso español». Aunque su libro no es una hermenéutica del golpe del 23 de febrero.

Leguineche presume, con razón, de tener el archivo privado más nutrido de España. No es una presunción vana: yo lo he visto, y he observado cómo se le amontonan los papeles que ahora ordena, de veinte años de trabajo en todas las áreas conflictivas del mundo. Su sed de papel —de datos, de hechos, de aventura— es insaciable; su aparente desorden es proverbial: luego todo está, en realidad, ordenado por la pro-

digiosa mente de una hormiga insociable, que es lo que es un periodista apasionado por la historia inmediata, allí donde se produzca.

En ninguno de los libros principales de Leguineche se inicia un capítulo o se hace una información sin que la opinión de los otros haya sido contrastada y los datos propicios pasados por el cedazo de las comprobaciones ajenas. Cuando Leguineche oyó que los hombres de Tejero se rendían y los tanques de Milans del Bosch

dejaban quietas las ramas de los naranjos se dirigió a Correos e hizo un pedido de Foyles, su librería de Londres. Quería todo lo que se hubiera publicado en el mundo sobre el golpe de Estado ganado por los coroneles griegos el 21 de abril de 1967. Hoy Manuel Leguineche tiene en su casa más documentación sobre ese hecho que toda la que logró recopilar en su casa de Madraz la madre de la Reina Sofía de España, la ya fallecida Federica de Grecia.



Tropas del ejército turco tras el golpe de estado de Evren, en las calles de Ankara (septiembre de 1980).



Pinochet instaura una dictadura militar, tras el golpe militar que derribó al Gobierno legítimo de Allende, en Chile (1973).

En el estilo de Manuel Leguineche —en el estilo personal y en el periodístico— el dato no basta; la opinión ajena, la brillantez de que la experiencia dota a los relatos, no son suficientes. A él le importa la metáfora, y el caso griego es la gran metáfora —la metáfora siempre surge de lo que nos enseña el pasado— de la actualidad española.

Pero la metáfora no se que-

da, en el mundo de Leguineche, en el área de los apólogos, sino que se apodera de su estilo hasta convertirse en la sustancia misma del relato. Este libro comienza hablando del golpe de los coroneles griegos, pero desde la primera estrofa de este largo trabajo Leguineche revela cuáles son sus intenciones: «Los almendros florecieron en Grecia a lo largo de la noche del 20 a 21 de abril de 1967», escribe Leguineche al inicio del libro, que es también el comienzo de un capítulo cuyo título —*Una tragedia griega*— traduce la gran carga literaria de su, por otra parte, ajustado periodismo.

Ese primer capítulo contiene todas las claves del libro de Leguineche. Concebido como un análisis de lo que ocurrió en Europa se nos aparece, sobre todo, como un apólogo sobre España, y así los almendros surgen como la sombra recurrente que gravitó sobre la actualidad de nuestro país en los veinticuatro últimos meses, a raíz de la publicación de una serie de artículos *pregolpistas* —y, finalmente, abiertamente *golpistas*— que se publicaron en el diario *El Alcázar*. En Grecia los almendros florecieron de igual manera. Leguineche los vio crecer y consolidar-

se. En España los vio crecer decrepitos y morir, como los laureles cortados de Dujardin, el maestro de James Joyce. En ese primer capítulo —y, de hecho, en la primera página— Leguineche advierte sobre sus intenciones: no va a hacer un recuento de hechos, sino que va a ofrecer un análisis profundo del que la filosofía no es ajena. Así, recurre a Linneo para explicar la naturaleza física de los almendros, a Aristóteles para hablar del concepto de la grandeza que querían imponer los coroneles griegos y a Kavafis para definir el carácter bárbaro de aquel golpe dado, como quieren hacer aparecer el fracasado *pustch* de Tejero y Milans, «en nombre del Rey».

Todos los *golpistas* son los mismos *golpistas*, se deduce a continuación, porque la historia enseña que eso es así. Los *golpistas griegos* son *grecocéntricos*, como los falsos patriotas españoles son *hispanocéntricos*, como si este país no fuera un foco en el que se concentran otras culturas. Los coroneles griegos ven a Grecia como una, grande y libre, y sus portavoces describen al país como «hermoso en sus tierras, fecundo en sus gentes y divino en su lengua. La belleza de sus islas, el bullicio de sus ciuda-



Curzio Malaparte (1898-1957).

des, el sosiego de sus pueblos, el sabor de sus vinos y el gusto de sus guisos» son los valores que parecen defender los tanques armados para acabar con la libertad. Tejero lo diría en *ABC* desde su encarcelamiento en el castillo de La Palma, en Galicia: la España que él quería rescatar de las manos de la democracia y de la libertad era la habitada por «Una raza brava cuyos machos han llegado a ser dioses y ejemplo de heroínas sus hembras».

Leguineche ha construido su libro con la sabiduría del escéptico. El dice que es un escéptico que ha recorrido el mundo en busca de la pasión de la historia. Lo que se advierte en este ensayo es que su pasión no es la historia por sí misma: su norte es la libertad. De modo que no es, como tienden a serlo los periodistas modernos, que suelen ver la vida por el visor del vídeo, un

simple espectador: en Nicaragua trabajó para los sandinistas, cuando creyó que era oportuno cambiar el bolígrafo por la acción de apoyo al guerrillero, y en Portugal enarboló algún clavel cuando creyó que aquello no iba a ser, como luego él narró, «una revolución rota». En Teherán compartió caramelos y dátiles con un pueblo que aquellos días de la marcha del sha de Irán aparecía como la comunidad más generosa y alegre de la tierra. En el recorrido por los golpes de Estado que en Europa han sido Leguineche muestra la misma vocación de militante por los hechos que contradicen a la tiranía, y usa todas las armas de la ironía —la ironía es la enemiga del fascismo, porque procede de la cultura, dijo de otra manera José María Pemán— para desarmar la razón grandiosamente equivocada— de los que portan las armas.

Los golpistas ingleses tratan de desbancar al laborista Harold Wilson para sustituir el caos democrático por el orden de las metralletas sin tener en cuenta, como comenta Anthony Bailey, y recoge Leguineche, que es imposible una rebelión militar en el Reino Unido. «El Ejército británico», escribía Bailey, «está mandado por hombres preocupados por asuntos extramilitares. Son arqueólogos, historiadores de la parroquia local, expertos en las corrientes del Canal o en las migraciones de las mariposas. El asunto militar que más les preocupa está relacionado con la elección del joven oficial que haga el inventario anual de los cubiertos de plata en la cantina de los oficiales. Pero, por si estos argumentos no convencieran al lector, déjenme que les señale dos barreras formidables y adicionales a la posibilidad de que se



El general De Lorenzo, cabeza visible de un intento de golpe de estado en Italia, en 1964.



El príncipe Junio Valerio Borghese, implicado en el fallido golpe de 1964, en Italia.

diera con éxito un golpe militar en Gran Bretaña: las carreteras están estos días tan congestionadas de tráfico que dificultarían hasta hacer imposible el movimiento de tropas. Más en serio, la banda de la BBC está tan cubierta de buenos programas que sería imposible ceder al Ejército un tiempo de antena para anunciar la toma del poder».

La sutil ironía que usa el escritor británico para resumir la imposibilidad de la vía británica al golpe ilustra, por otra parte, la obsesión golpista por decir cuanto antes que tras su triunfo viene la calma, es decir, la nada. En España los golpistas de Tejero fueron a la radio y a la televisión para decir cuanto antes, por medio de la música militar, que un nuevo orden se iba a establecer. Pero habían pasado cinco años desde la muerte del dictador y era muy difícil encontrar en aquellos archivos de Prado del Rey música militar suficientemente conveniente. La gente se había acostumbrado a otros programas y no es que las bandas radiofónicas fueran las de la BBC, que está nutrida por gentes que cuidan la progra-



Albert Camus (1913-1960).

mación como los militares entomólogos cuidan sus colecciones de mariposas, pero se había conseguido tal grado de independencia informativa que el simple sonido de la música militar que se halló espantó tanto a la población que el rechazo de lo que se cocía en el Congreso de los Diputados fue instantáneo. Nuestras bandas no podía llenarse de nuevo de aquella música. En Grecia pudieron hacerlo; en España les

resultó imposible imponer otra melodía en la *radio abierta*.

¿Por qué? Hay que rastrear en todo el libro para hallar la conclusión básica a la que llega Manuel Leguineche. De Gaulle convenció a los militares golpistas —en dos ocasiones— de que la democracia es el mejor sistema para hacer que un ejército parezca respetable; la carnavalada del príncipe Borghese en Italia —intentó hacerse con el poder acompañado por unos soldados cuya experiencia no era la de los guardias forestales— fracasó desde su inicio porque, como decía Mussolini, «la guerra es bella pero incómoda»; en Gran Bretaña los militares tienen cosas mejores que hacer que subvertir un orden que ya parece de granito; y en España se dieron casi todas las circunstancias que concurrían en Grecia —una democracia parlamentaria apoyada en un régimen monárquico, un joven rey, un país con una guerra civil de tres años a las espaldas— con una notable diferencia: la actitud del monarca. Mientras en Grecia Constantino, que el 21 de abril de 1967 tenía 27 años, aceptaba en un primer mo-



El general Raoul Salan, artífice del fallido «Putsch» de Argel, del 22 de abril de 1961, contra De Gaulle.

mento a los coroneles, bendecía el golpe y daba así un refrendo incontrovertible a los hombres de Papadópulos —refrendo del que, cuenta Leguineche, citando al general Juste, se excluyó terminantemente la entonces princesa Sofía—, en España el Rey Don Juan Carlos se mantenía en su sitio, controlaba la situación y aseguraba al país que los personajes que habían enarbolado las pistolas en el Congreso y habían sacado los tanques en Valencia no tenían nada que ver con el sistema de libertades que quería la democracia coronada española. Así, aquí se difuminó la sombra griega. Pero no del todo.

La amenaza, tanto en Grecia como en España como en tantos otros países de Europa, no cesa con la vuelta a la democracia en Grecia y con la consolidación (¿cuándo no habrá que decir más esa palabra?) de la democracia en España. Leguineche tiene tan abundantes —y tan bien traídas— citas en su libro que ninguna de sus afirmaciones queda sin el corolario ajeno. Decía Curzio Malaparte en *La técnica del golpe de Estado* «que entre los peligros a los

cuales está expuesta la democracia uno de los más grandes es la vulnerabilidad de los Parlamentos», resume Leguineche. Todos los Parlamentos, sin excepción, son más o menos vulnerables. «El error de las democracias parlamentarias», señala Malaparte, «está en su excesiva confianza en las conquistas de la libertad cuando nada es más frágil en la España moderna. Es una ilusión peligrosa creer que el Parlamento es la mejor defensa del Estado contra una intentona bonapartista y que se puede defender la libertad con la



Antonio de Spínola, que encabezó el golpe de estado portugués de abril de 1975.



Lord Mountbatten, primo de la reina de Inglaterra, siendo jefe del Estado Mayor de la Defensa, en 1965, pudo tener veleidades golpistas, aunque su actitud nunca quedó esclarecida.



Jaime Milans del Bosch, siendo Capitán General de la IIIª Región Militar (Valencia), participó activamente en el frustrado golpe de estado del 23 de febrero de 1981.

práctica de la libertad misma mediante medidas policíacas. Esto es lo que pensaban los diputados de las Cortes españolas y de la Dieta polaca hasta la víspera de los golpes de Estado de Primo de Rivera y de Pilsudski». Malaparte escribía esto en 1931. Hoy parece una ironía traída por Leguineche para hacernos temblar de candidez e ignorancia.

Secuestrado el Parlamento griego, cautiva la libertad, el rey Constantino II, que creyó ganar terreno aceptando el golpe de Estado militar, se vio maniatado, despojado paulati-

namente de su poder y, finalmente, abocado al exilio. Las canciones de Theodorakis se prohibieron y fueron torturados miles de presos de los coroneles. Zorba —recuerda Leguineche— dejó de bailar. Y el Rey también. Fue el pago de su error y de su debilidad. Había permitido que se usara su nombre para dar un golpe contra la democracia; cuando, meses más tarde, viaja al norte con su familia y usa una emisora de ondas cortas de las Fuerzas Armadas para denunciar a quienes habían usurpado el poder «en nombre del Rey» ya es demasiado tarde y la soledad es tan tremenda en su propio país que prefiere vivir en la misma situación, sólo, abandonado, en el exilio inglés. «Un contragolpe», recuerda Leguineche, «no se puede dar por onda corta». «Desde la radio de Atenas en onda media», sigue el autor, «y con alcance nacional, el Rey, como Juan Carlos la noche del 23 de febrero, hubiera logrado el efecto multiplicador, el colapso rápido del dispositivo de los coroneles en la capital, las comunicaciones, el aeropuerto, los ministerios. Pero mientras Constantino toma el té en el hotel Astir» (en Kavala, donde espera noticias) «desconoce el fracaso de su retransmisión».



Guardias Civiles salen del interior del Congreso de los Diputados, tras el fallido golpe de estado del 23 de febrero de 1981.

En España los golpistas del 23 de febrero llegaron a las emisoras de radio mal dirigidos y peor pertrechados. No distinguían una zarzuela de una marcha militar, pero se hicieron fuertes en los controles centrales y durante unas horas fueron dueños de la poderosa señal de Radiotelevisión Española. No la usaron porque mientras duraba la ocupación en otras zonas de la milicia había un desconcierto que luego se ha ilustrado en el juicio seguido contra los protagonistas del *pronunciamiento*. Pero los que dirigieron sus carros de

combate hacia los medios de comunicación sabían lo que había que hacer mejor que el defenestrado Constantino. Quizá aquellos habían leído a Edward Lutwak, como refiere Leguineche: «Lutwak», escribe el autor de *El estado del golpe*, «advierte que el control del flujo de informaciones que emana del centro de decisión política será el arma más importante para restablecer nuestra autoridad después del golpe». El control de los medios de comunicación de masas se convierte así en una necesidad. Según Lutwak, en lugar de ex-

tender la voz de la autoridad, la declaración de Constantino tomó la forma de una débil petición de ayuda. Nunca deberemos cometer ese error.

El golpe de los generales franceses en Argelia en 1961 fracasó, recuerda Leguineche, «porque París mantuvo el control de los medios de comunicación y los transportes. De Gaulle habla por televisión y moviliza a todas las fuerzas de la resistencia civil. “Prohíbo a todos los soldados”, dijo, “que obedezcan a los rebeldes. En el nombre de Francia ordeno que se utilicen todos los medios, repito, todos los medios para cerrar el paso a esos hombres. ¡Francesas! ¡Franceses! ¡Ayudadme!”». Don Juan Carlos I fue más retórico, pero igualmente efectivo. El hablaba como el jefe de Estado de una democracia coronada el 23 de febrero. De Gaulle hablaba desde Inglaterra durante la segunda guerra mundial, con París ocupado. Mientras un discurso similar se producía en España el 23 de febrero los que ocupaban por la fuerza el Parlamento no sabían utilizar las ondas para otra cosa que para transmitir una música militar devaluada; encima les tricionaban las transmisiones que tenían en el propio hemisferio y dejaban que se escuchase la que ha sido mejor metáfora de su pobre filosofía de la vida: «¡Se sienten, coño!».

Los medios de comunicación. En Polonia, hasta donde llega el libro de Leguineche, Jaruzelski despierta un domingo —cuando todo el mundo se dispone a oír la misa— con una *homilía* que deja estupefactos a los polacos: el estado de guerra se acaba de declarar para desviar el curso de los acontecimientos provocados por Solidaridad. La noche del 12 de diciembre Rakowski, el segundo de Jaruzelski, no había dormido pensando en lo que iba a ocurrir al día siguiente —se lo acaba de contar—. Desde el 13 de diciembre el



Tanques en las calles de Varsovia, tras ser proclamado el estado de excepción por el general Jarucelski (23 de diciembre de 1980).

sueño ha sido más difícil en Polonia. Los analistas —y eso lo recoge Leguineche al final de *El estado del golpe*— han visto clara una cosa: la técnica se va depurando, la amenaza persiste y ya se ha demostrado que la torpeza vil de Tejero, el cinismo milimétrico de Papadópulos, el hombre que no usa reloj, la lunática visión de Mountbatten no son hechos aislados, congelados en la historia. Son ejemplos que Leguineche, con una técnica en la que la metáfora literaria se conjuga con la precisión del lenguaje, convierte en apólogos que nos dejan atónitos sobre lo que pudo haber sido y no fue. Vuelven los almendros



en esa zona final del libro: «El 13 de diciembre de 1981, cuando en el duro, largo y frío invierno polaco florecieron los almendros a quince grados bajo cero, el golpe de Estado se dio por ordenador electrónico y vía satélite.»

María Moliner decía que oportunismo es la doctrina que recomienda acomodarse a las circunstancias, sacando de ellas el mejor partido posible. Leguineche ha hecho buena esa parte de la definición de la que nunca fue académica. Pero su libro, por supuesto, no es oportunista. Y aunque es oportuno, el adjetivo que mejor le va es el de esencial. ■ J.C.R.